

EL CONDUCTISMO A LOS CINCUENTA¹

B.F. SKINNER

Behaviorism at fifty. Science, 1963, 140, 951-58.

EL CONDUCTISMO (con acento en “ismo”) no es el estudio científico de la conducta, sino una filosofía de la ciencia que se ocupa del contenido y los métodos de la psicología. Si la psicología es la ciencia de la vida mental (o de la mente, o de la experiencia consciente), debería entonces desarrollar y defender una metodología especial. Hasta ahora, esto no se ha hecho con buenos resultados. Por otro lado, si la psicología es la ciencia de la conducta de los organismos, humanos o cualesquiera otros, entonces es parte de la biología, una ciencia natural que tiene a su disposición métodos probados y de mucho éxito. El punto básico no es la naturaleza de la materia de la cual está hecho el mundo, o si en realidad hay una materia o dos, sino más bien las dimensiones de las cosas que la psicología estudia los métodos relevantes para ellas.

Es casi seguro que las explicaciones mentalistas o psíquicas de la conducta humana se originaron en el animismo primitivo. Cuando el hombre soñaba con encontrarse en un lugar distante, a pesar de la evidencia incontrovertible de que había estado yaciendo en su cama, le era fácil concluir que una parte de sí mismo había abandonado verdaderamente su cuerpo. Un recuerdo particularmente vívido o una alucinación podrían ser explicados de la misma manera. La teoría de un self invisible, de quitar y poner, eventualmente demostró su utilidad para otros propósitos. Parecía explicar episodios anormales o poco esperados, aun para la persona que se comportaba de un modo excepcional porque había sido “poseída”. Servía también para explicar lo inexplicable. Un organismo tan complejo como el hombre, a menudo parece comportarse caprichosamente. Es tentador el atribuir la conducta visible a otro organismo interior (a un homúnculo u hombrecito). Los deseos del hombrecito se convierten en los actos del hombre que son observados por sus compañeros. La idea interior es puesta en las palabras de afuera. Los sentimientos internos encuentran expresión externa. La explicación es satisfactoria, por supuesto, solo en la medida en que la conducta del homúnculo puede ser negada.

El hecho de su origen primitivo no es algo que de manera necesaria hay que oponer en un principio explicativo; pero el homrecito todavía está entre nosotros, en una forma

¹ El autor es profesor de psicología, en la cátedra Edgar Pierce, de la Universidad de Harvard en Cambridge, Massachusetts. Este artículo se publicó en Conductismo y Fenomenología: bases contrastantes de la psicología moderna, editado por T.W. Wann y la Universidad de Chicago Press. Fue presentado en el simposio sobre conductismo y fenomenología que se efectuó en la Universidad de Rice, en marzo de 1963. En la conferencia, M. R. Elliot, de la Universidad de Minnesota, en diciembre de 1962 publicó una versión primitiva de este artículo.

relativamente primitiva. A últimas fechas, fue el héroe de un programa de televisión, “las puestas de la mente”, programa de una serie de películas educacionales patrocinadas por los laboratorios de la compañía de teléfonos bell y escrito con la ayuda de un distinguido conjunto de científicos. El espectador aprendía viendo una película de caricaturas, que cuando se pincha el dedo de una persona, impulsos eléctricos se asemejan flashes se desplazan por los nervios aferentes y aparecen en una pantalla de televisión en el cerebro. El hombrecillo se despierta, mira la pantalla con los flashes, estira la mano y jala una palanca. Mas flashes luminosos bajan por los nervios hasta los músculos, que se contraen cuando el dedo se retira del estímulo amenazador. Por su puesto la conducta que presento el homúnculo no fue explicada. La explicación requeriría presumiblemente otra película, y esta, a su vez, otra.

Este mismo patrón de explicación se invoca cuando se nos dice que la conducta de un delincuente es resultado de una personalidad perturbada, o que los caprichos de un paciente durante el psicoanálisis son causados por los conflictos entre su superego, su ego y su id. Tampoco podemos escapar de tales rasgos primitivos dividiendo al hombrecito en pedazos y tratando de sus deseos, cogniciones, motivos, y así sucesivamente, pedazo a pedazo. Lo objeción no es que esas cosas sean mentales, sino que no ofrecen explicaciones verdaderas y obstaculizan el camino para hacer un análisis mas efectivo.

Hace cerca de 50 años que esta objeción conductista a la práctica explicativa que antecede fue propuesta con claridad por primera vez. Y hace cerca de 30 años que ha estado siendo muy discutida. Toda una generación de psicólogos ha crecido sin entrar en contacto real con este tema. Casi todos los libros de texto corrientes efectúan alguna componenda. En lugar de arriesgarse a perder adeptos, definen la psicología como la ciencia de la conducta y la vida mental. La mismo tiempo, el enfoque antiguo a continuado recibiendo un fuerte apadrinamiento en los puntos en los cuales no ha existido ningún intento comparable de reforma metodológica. Sin embargo, durante este periodo ha emergido una afectiva ciencia experimental de la conducta. Mucho de los que han descubierto concierne a este punto fundamental. Parecería, pues, conveniente un restablecimiento del conductismo radical.

LA EXPLICACIÓN DE LA MENTE

No es difícil trazar una historia más o menos cruda de la idea. No es necesario tomar seriamente alguna frase ocasional de los autores clásicos griegos que pareciera anticipar ese punto de vista. Podemos también pasar por el alto la precoz baladronada de la mettrie que pudo escandalizar a la burguesía filosófica, asegurando que el hombre solo era una maquina. Ni tampoco estuvieran cerca de lo que significa hoy en día conductismo,

aquellos que, por razones prácticas, preferían simplemente tratar de la conducta, en lugar de hacerlo con las menos accesibles, pero siempre reconocidas actividades mentales.

La primera cuña parece haber sido la preocupación de Darwin por la continuidad de las especies. Al apoyarla teoría de la evolución, fue importante demostrar que el hombre no era esencialmente diferente de los organismos inferiores; que todas y cada una de las características humanas, incluyendo la conciencia y el poder de razonamiento, podrían encontrarse en otras especies. Naturalistas como Ramones empezaron a coleccionar historias que, al parecer, evidenciaban que los perros, gatos, elefantes y muchas otras especies eran conscientes y presentaban signos de razonamiento. Fue Lloyd Morgan, por supuesto, quien puso en duda esta evidencia con su “canon de parsimonia”. ¿No había otras maneras de dar cuenta de lo que parecían signos de conciencia o poderes racionales? Los experimentos de Thorndike, al finalizar el siglo XIX, caminaban por esta ruta. Tales experimentos ponían de manifiesto que la conducta de un gato, al escapar de una caja problema, podría parecer un ejemplo de razonamiento, pero que podía ser explicada como el resultado de procesos más simples. Thorndike permaneció mentalista; pero hizo avanzar considerablemente el estudio objetivo de conductas que habían sido atribuidas a procesos mentales.

El siguiente paso fue inevitable. Si la evidencia de conciencia y razonamiento en los animales podía ser explicada de otra manera, ¿Por qué no también en el hombre? Y, en tal caso, ¿Qué llegaría a ser la psicología como ciencia de la vida mental? Fue John B. Watson el que, por primera vez, si bien ruidosamente, hizo la primera propuesta clara de que la psicología debería ser considerada simplemente como ciencia de la conducta. Él no estaba en una posición ventajosa para defender lo propuesto. Tenía poco material científico para usar en su reconstrucción. Se vio obligado a rellenar su libro de texto con discusiones sobre la fisiología de los sistemas receptores y los músculos y con teorías fisiológicas que, en aquel tiempo, no eran mejores para prueba que las teorías mentalistas a las que intentaban reemplazar. Cierta necesidad de “mediadores de la conducta” que pudieran servir como alternativas objetivas a los procesos de pensamiento, lo inclinó a enfatizar el discurso subvocal. Esta noción intrigaba, puesto que uno puede generalmente observarse a sí mismo pensando así, pero de ninguna manera era esta una explicación adecuada ni amplia. Watson se enredó con los psicólogos introspectivos negando la existencia de imágenes visuales; pero sus argumentos causaron problemas innecesarios. La relativa importancia dada al fundamento genético en la explicación de la conducta vino a ser también otra digresión molesta.

Todo esto hizo que se perdiera de vista el argumento central: que la conducta que parecía ser el producto de la actividad mental podía ser explicada de otra manera. En cualquier

caso, los introspeccionistas estaban preparados para el reto. Ya desde 1883, Francis Galton pudo escribir: “muchas personas, especialmente las mujeres y los niños inteligentes, hallan gran placer en la introspección y se esfuerzan al máximo por explicar sus procesos mentales”.² Pero ya la introspección había sido tomada seriamente. El concepto de una ciencia de la mente en la cual los eventos mentales se sujetaban a las leyes mentales, había conducido al desarrollo de los métodos psicofísicos y a la acumulación de hechos que parecían obstaculizar la extensión del principio de parsimonia. Lo que podría ser correcto para los animales, no lo era para los hombres podían ver sus procesos mentales.

Por extraño que parezca, parte de la respuesta fue dada por los psicoanalistas, quienes insistían en que, aun cuando el hombre era capaz de ver algo de su vida mental, no podía verlo todo. La clase de pensamientos que Freud llamó “inconscientes” ocurrían sin el conocimiento del pensador. Tomando como referencia una asociación, un lapsus lingüae, un sueño, no podía demostrarse que una persona debía haber respondido a un estímulo ocasional, aunque la persona no pudiera decir que lo había hecho así. Procesos de pensamiento más complicados, incluyendo la solución de problemas y los juegos de palabras, podían también ocurrir sin el conocimiento del pensador. Freud había diseñado uno de los más elaborados aparatos mentales de todos los tiempos, y nunca abandonó su fe en él. Sin embargo, Freud contribuyó al argumento conductista, demostrando que la actividad mental no requeriría de una conciencia. Sus demostraciones de que el pensamiento ocurría sin el conocimiento introspectivo fuera, sin duda, claramente afines al espíritu de Lloyd Morgan. Fueron análisis operacionales de la vida mental, aunque para Freud solamente de la parte de la vida mental llamada inconsciente. La evidencia experimental, que apuntaba en la misma dirección, pronto empezó a acumularse.

Pero esa no era la respuesta total. ¿Qué pasa con la parte de la vida mental que el hombre sí puede ver? No importa cual sea el punto de vista de uno; la cuestión es difícil. Por una parte porque hace surgir la interrogante de lo que significa “viendo”, y por otra, porque los eventos vistos son privados. Por supuesto que no se puede poner en duda el hecho de la privacidad. Cada persona está en contacto especial con una pequeña parte del universo que está encerrada dentro de su propia piel. Para tomar un ejemplo no muy polémico, la persona está singularmente sujeta a ciertas clases de estimulación propioceptiva e interoceptiva. Aunque dos personas pueden, en cierto sentido, ver la misma luz u oír el mismo sonido, no pueden sentir la misma distensión del conducto biliar ni el mismo dolor en un músculo magullado. (cuando se invade la privacidad con instrumentos científicos, la forma de estimulación cambia; la escalas que el científico lee no son los eventos privados en sí mismos).

²² F. GALTON, *Inquiries into Human Faculty* (Londres, 1883), Everyman (ed.), pág. 60.

Los psicólogos mentalistas insisten en que hay otras clases de eventos singularmente accesibles al propietario de la piel dentro de la cual ocurre y que carecen de las dimensiones físicas de los estímulos propioceptivos o interoceptivos. Tales eventos son tan diferentes de los eventos físicos, como los colores lo son de las ondas de luz. Por tanto, hay aún mejores razones por las cuales dos personas no pueden sufrir los mismos dolores de muelas, recordar la una la que la otra memoriza, o compartir sus propias dichas. La importancia que se le asigna a esta clase de mundo varía. Para algunos, no hay más mundo que ese. Para otro, es la única parte del mundo que puede ser conocida de una manera directa. Para otros, más todavía, es una parte especial delo que puede ser conocido. De cualquier modo debe enfrentarse el problema de cómo uno conoce el mundo subjetivo de otra persona. Haciendo aun lado la cuestión de lo que significa “conocer”, el problema es un problema de accesibilidad.

EVENTOS PÚBLICOS Y EVENTOS PRIVADOS

Una solución que a menudo se considera como conductista es reconocer la distinción entre eventos públicos y privados, y eliminar estos últimos del análisis científico. Está es una solución adecuada para aquellos que toman la verdad científica por un asunto de convención o acuerdo entre observadores. Esencialmente, está es la línea que han tomado el positivismo lógico y el operacionismo físico. No hace mucho, Hogben³ ha redefinido “el conductismo” en este espíritu. El subtítulo de su teoría estadística es “un examen de las crisis contemporáneas en la teoría estadística, desde un punto de vista conductista”, y esto se amplifica de la siguiente manera: “el conductista, tal como yo uso aquí el término, no niega la conveniencia de clasificar procesos como mentales o materiales. Reconoce la distinción entre cuerpo y personalidad; pero todavía no ha tenido el privilegio de asistir a un desfile de identidades en el cual las mentes humanas, sin los cuerpos, sean fácilmente distinguibles de los cuerpos humanos vivos sin sus mentes. Hasta entonces, el conductista se contenta con discutir la probabilidad en el vocabulario de eventos, incluyendo las aserciones registradas, audibles o visibles, de los seres humanos como tales”. La posición conductista, así definida, es simplemente la del que escribió eso y “no se preocupa por la estructura ni el mecanismo”.

A este punto de vista se le llama, a menudo, operacional, y es notable que el operacionismo de P. W. Bridgman no le haya evitado a él mismo un extremado solipsismo, aun dentro de la ciencia física. Aunque Bridgman insistió siempre en que no era un solipsista, nunca fue capaz de reconciliar el conocimiento físico, aparentemente

³ L. HOGBEN, *Statistical Theory* (Allen y Unwin, Londres, 1957).

público, con el mundo privado del científico.⁴ Aplicado a problemas psicológicos, el operacionismo no ha tenido mayor éxito. Podemos reconocer las restricciones impuestas por las operaciones mediante las cuales conocemos de la existencia de propiedades de los eventos subjetivos; pero las operaciones no pueden identificarse con los eventos mismos. S. S. Stevens ha aplicado a la psicología el principio de Bridgman, no para decidir si los eventos subjetivos existen, sino para determinar el grado en el cual podemos tratarlos científicamente.⁵

De cuando en cuando, los conductistas han examinado el problema de la privacidad, y algunos de ellos han excluido de sus deliberaciones las llamadas sensaciones, imágenes, procesos de pensamiento, etcétera. Cuando lo han hecho así, no porque tales cosas no existan, sino porque no están al alcance de sus métodos, se justifican de la acusación de que han negado los hechos de la conciencia. La estrategia, sin embargo, es muy poco sensata. Es de particular importancia el hecho de que una ciencia de la conducta encare el problema de la privacidad y puede hacerlo sin abandonar la posición básica del conductismo. A menudo, la ciencia habla acerca de cosas que no puede ver o medir. Cuando una persona hecha un volado con una moneda, debe presumirse que empuja el mundo hacia abajo al caer la moneda. Está totalmente fuera de la cuestión el ver o medir el efecto sobre el mundo; pero debemos presumir tal efecto, aunque sólo sea para dar cuenta consistente del evento. Una adecuada ciencia de la conducta debe considerar los eventos que tienen lugar dentro de la piel del organismo, no como mediadores fisiológicos de la conducta, sino como parte de la conducta misma. Puede tratarse con estos eventos sin dar por sentado que tienen alguna naturaleza especial o que deban ser conocidos de alguna manera particular. Como frontera, la piel no es tan importante. Los eventos públicos y los privados tienen las mismas clases de dimensiones físicas.

LA CONDUCTA AUTODESCRIPTIVA

Durante los cincuenta años que han pasado desde que se estableció por primera vez una filosofía conductista, se han ido acumulando hechos y principios que se relacionan con estos problemas. Por un lado, el análisis científico de la conducta ha producido una especie de epistemología empírica. El contenido de una ciencia de la conducta incluye la conducta de los científicos y de otros estudiosos. Las técnicas de que dispone tal ciencia le dan a la teoría empírica del conocimiento ciertas ventajas sobre otras teorías derivadas de la filosofía y de la lógica. Se puede enfocar el problema de la privacidad en una dirección novedosa, si empezamos con la conducta, en vez de hacerlo con la experiencia inmediata.

⁴ P.W. BRIDGMAN, *The Way Things Are* (Harvard Univ. Press, Cambridge, Mass., 1959).

⁵ S.S. STEVENS, *Am. J. Psychology*, 47, pág. 323 (1995).

Esta estrategia, ciertamente, no es más arbitraria o circular que la antigua, y tiene un sorprendente resultado. En lugar de concluir que el hombre sólo puede conocer sus experiencias subjetivas, que está atado para siempre a su mundo privado, y que el mundo es sólo un construct,⁶ la teoría conductista del conocimiento induce a pensar en que es precisamente el mundo privado el cual, sino enteramente desconocido, por lo menos no es muy probable que se le conozca a fondo. Las relaciones entre el organismo y el ambiente que implica el conocer, son de tal suerte, que la privación del mundo contenido dentro de la piel impone limitaciones más serias al conocimiento personal que a la accesibilidad científica.

Un organismo aprende a reaccionar discriminadamente al mundo que lo rodea, bajo ciertas contingencias de reforzamiento. Así, el niño aprende a nombrar un color correctamente cuando una respuesta dada se refuerza con la presencia de ese color correctamente cuando una respuesta dada se refuerza con la presencia de ese color y se extingue en su ausencia. La comunidad verbal puede hacer el reforzamiento de un extenso repertorio de respuestas contingentes sobre sutiles propiedades de los estímulos coloreados. Tenemos razón para creer que el niño no hará distinción de los colores –que no verá dos colores como diferentes–, hasta que haya sido expuesto a tales contingencias. Hasta donde sabemos, se requiere el mismo proceso de reforzamiento diferencial si es que el niño va a distinguir entre los eventos que ocurren dentro de su propia piel.

Muchas de las contingencias que llevan en sí estímulos privados no necesariamente tienen que ser arregladas o manejadas por la comunidad verbal, dado que ellas se siguen de simples relaciones mecánicas entre los estímulos, respuestas y consecuencias reforzantes. Los varios movimientos incluidos en darle vuelta al pomo de la puerta, por ejemplo, están bajo el control de estímulos internos y externos y sujetos a consecuencias reforzantes internas y externas. Pero quien los ejecuta no está necesariamente “alerta” de los estímulos que controlan su conducta. Y esto es independiente del qué tan apropiada o habilidosa pueda ser la conducta. “Conocer” o “estar alerta de” lo que sucede al dar vuelta al pomo de la puerta implica respuestas discriminativas tales como nombrar o escribir, las cuales se desprenden de contingencias necesariamente arregladas por el ambiente verbal. Esos ambientes son comunes. La comunidad, por lo general, está interesada en lo que una persona está haciendo, ha hecho o planea hacer, y por qué; y, además, arregla las contingencias que originan las respuestas verbales que nombran y describen los estímulos externos e internos asociados con esos eventos. La comunidad reta a la conducta verbal del sujeto preguntando ¿Cómo lo sabe?, y la persona contesta, si es que lo hace,

⁶ Se utiliza la palabra inglesa construct, en vez de la española “construcción hipotética”, para evitar problemas de significado. Construct debería ser familiar al estudioso de la psicología en español. [N. del R.]

describiendo algunas de las variables de las cuales su conducta verbal está en función. Lo “consciente”, o “alerta”, que resulta de todo ello, es un producto social.

En su intento de establecer tal repertorio, sin embargo, la comunidad verbal trabaja con una severa deficiencia. No siempre puede acomodar las contingencias requeridas por discriminaciones muy sutiles. No puede enseñar al niño a nombrar un patrón de estímulos privados como “falta de confianza”, y a otro “molestia”, tan efectivamente como ella enseña al niño a decirle a un estímulo “rojo” y a otro “anaranjado”, porque la comunidad verbal no puede estar segura de la presencia o ausencia de patrones de estímulos privados a los cuales reforzar o dejar de reforzar apropiadamente. El primer problema causado por la privación se debe a la comunidad verbal. El que sufre, en segundo lugar, es el individuo. Debido a que la comunidad no puede reforzar consistentemente respuestas autodescriptivas, la persona no puede describir, o dicho de otra manera, “conocer” los eventos que ocurren dentro de su propia piel, tan sutil y precisamente como conoce los eventos en el mundo que lo rodea.

Desde luego que existen diferencias entre estímulos externos e internos que no son meras diferencias en localización; los estímulos interoceptivos y propioceptivos pueden tener cierta intimidad. Es muy probable que sean especialmente familiares. Están mucho con nosotros. No podemos escapar de un dolor de muelas tan fácilmente como huimos de un ruido ensordecedor. Bien puede ser que tengan una clase especial. Los estímulos que sentimos en el orgullo o en la pena quizá no se parezcan mucho a aquellos estímulos que sentimos al tocar la seda o la lija. Pero esto no quiere decir que difieran en status físico. En particular, esto no significa que unos pueden ser más fácil o más directamente conocidos que otros. Lo que le es particularmente claro y familiar al conocedor potencial, bien puede serle extraño y distante a la comunidad verbal responsable de su conocimiento.

EL CONTENIDO DE LA CONCIENCIA

¿Cuáles son los eventos privados a los que, al menos en cierta manera, una persona puede llegar a responder del modo que llamamos “conocer”? Empecemos con el viejísimo, y, en muchos casos, el más difícil problema representado por “el terco hecho de la conciencia”. ¿Qué sucede cuando una persona observa el contenido consciente de su mente, cuando uno mira sus sensaciones o imágenes? La filosofía y la ciencia occidentales han sufrido una desventaja al tratar de contestar estas preguntas, a acusa de una metáfora infortunada. Los griegos no pudieron explicar cómo una persona puede conocer algo con lo cual no está en contacto inmediato. ¿Cómo se puede conocer, por ejemplo, un objeto que está al otro extremo de la sala? ¿Alcanza o toca la persona ese objeto con alguna suerte de invisible “tentar”? ¿O no llega nunca a entrar en contacto con el objeto, sino solamente con una copia de él dentro de su cuerpo? Platón apoyó la teoría de la copia con

su metáfora de la caverna. Quizá el hombre jamás ve el mundo real, sino solo sombras de él en las paredes de la caverna en la cual está aprisionado. (Las “sombras” bien pueden haber sido las mucho más precisas copias del mundo exterior en una cámara oscura. ¿Supo Platón de alguna caverna a la entrada de la cual, por una insólita superposición de objetos, pasasen solo los delgados rayos de luz que se necesitan para una cámara oscura?) Las copias del mundo real proyectadas dentro del organismo podrían componer la experiencia que el hombre conoce directamente. Una teoría similar podría explicar por qué un hombre ve objetos que “no están realmente allí”, tal como sucede en las alucinaciones, recuerdos y posimágenes. Desde luego, ninguna de las dos explicaciones es satisfactoria. Cómo puede evocarse una copia a la distancia es, por lo menos, tan enigmático, como el conocer un objeto a distancia. Mirar cosas que no están realmente allí, no es más difícil de explicar que la ocurrencia de copias de cosas que no están allí para ser copiadas.

La búsqueda de copias del mundo dentro del organismo, particularmente en el sistema nervioso, todavía persiste, pero sus resultados son desalentadores. Si la retina pudiera ser desarrollada de pronto, como una placa fotográfica, produciría una mala fotografía. Los impulsos nerviosos en el tracto óptico deben tener todavía menor parecido con “lo que se ve”. Los patrones de vibración que impactan nuestro oído cuando escuchamos música, se pierden rápidamente en la transmisión. Las reacciones del organismo a las sustancias oídas, gustadas y tocadas, difícilmente calificarían de reproducciones fidedignas. Estos hechos son desalentadores para aquellos que buscan dentro del cuerpo copias del mundo real. Pero son afortunados para la psicofisiología como un todo. En algún punto, el organismo debe hacer algo más que crear duplicados. Debe ver, oír, oler, etcétera, y ver, oír y oler deben ser formas de acción y no de reproducción. El organismo debe hacer algunas de las cosas por las cuales fue diferencialmente reforzado cuando aprendió a responder discriminativamente. Mientras más pronto desaparezca después de impactar sobre el organismo empezar con aquellas funciones.

La necesidad de algo más allá, y completamente diferente, de copiar, no ha sido comprendida con amplitud. Supongamos que alguien recubriera los lóbulos occipitales del cerebro con una emulsión fotográfica especial que, al revelarse, produjera una razonable copia de un estímulo visual común y corriente. En muchas partes, se consideraría estos como un triunfo de la fisiología de la visión, y, sin embargo, nada podría ser más desastroso, porque deberíamos empezar todo otra vez, preguntarnos por qué el organismo ve una fotografía en la corteza occipital; solo que ahora tendríamos mucho menos cerebro disponible en el cual buscar la respuesta. Trazar el patrón dejado por estímulo dentro del cuerpo no añade nada a la explicación de cómo el organismo reacciona con ese estímulo. Es más conveniente para ambos, el organismo y el

psicofisiólogo, si el mundo externo nunca se copia; si el mundo que conocemos es simplemente el mundo que nos rodea. Lo mismo puede decirse de las teorías conforme a las cuales el cerebro interpreta las señales que se le envían y, en cierto sentido, reconstruye los estímulos externos. Si el mundo externo está desordenado en la transmisión, pero más tarde se le construye en el cerebro, debemos empezar todo nuevo y explicar cómo ve el organismo lo reconstruido.

Un tratamiento adecuado de este punto requeriría un completo análisis de la conducta de ver y de las condiciones en las cuales vemos (para continuar con la visión como una modalidad conveniente). Sería poco juicioso exagerar el éxito obtenido hasta la fecha. La conducta visual discriminativa viene de contingencias en las que influyen estímulos externos y respuestas abiertas, pero no deben eliminarse sus posibles acompañantes privados. Algunas de las consecuencias de tales contingencias parecen bien establecidas. Usualmente, para nosotros, es más fácil de ver un amigo cuando estamos mirándolo, porque estímulos visuales similares a aquellos que estuvieron presentes cuando la conducta fue adquirida, ejercen máximo control sobre la respuesta. Pero la simple estimulación visual no es suficiente. Aún después de haber sido expuestos al reforzamiento necesario, podemos no ver un amigo que está presente, a menos que tengamos una razón para hacerlo. Por otro lado, si las razones son suficientemente fuertes, podemos verlo en la persona de alguien que sólo tenga un parecido superficial con él, o aun cuando nadie que se le parezca en lo más mínimo esté presente. Si las condiciones favorecen el ver algo más, podemos comportarnos de acuerdo con ellas. Si durante una partida de caza es importante ver un venado, podemos echarle un vistazo a nuestro amigo a la distancia, verlo como un venado y disparar.

Sin embargo, no es el ver a nuestro amigo lo que representa el problema del contenido consciente, sino “ver que lo estamos viendo”. No hay contingencias para tal conducta. Nosotros aprendemos a ver lo que estamos viendo, solo porque la comunidad verbal arregla las contingencias para que esto suceda así. Por lo general, adquirimos la conducta cuando estamos bajo la estimulación visual apropiada. Pero de aquí no se sigue que la cosa vista deba estar presente cuando vemos que la estamos viendo. Las contingencias manejadas por el ambiente verbal pueden establecer respuestas autodescriptivas que describan la conducta de ver, aun cuando la cosa vista no esté presente.

Si el ver no requiere la presencia de cosas vistas, no nos deben preocupar ciertos procesos mentales a los que se les supone partícipes en la construcción de tales cosas; imágenes, recuerdos y sueños, por ejemplo. Podemos considerar un sueño no como un despliegue de cosas vistas por el soñador, sino simplemente como la conducta de ver. Durante la ensoñación, en ningún momento esperamos, por ejemplo, encontrar dentro del

organismo alguna cosa que corresponda a los estímulos externos que estuvieron presentes cuando el soñador adquirió por primera vez la conducta que ahora le ocupa. En el simple recordar, no necesitamos suponer que vagamos a través de algún almacén de la memoria hasta que finalmente encontramos un objeto al que después contemplamos. En vez de suponer que empezamos con una tendencia a reconocer tal objeto, una vez que lo encontramos, es más simple suponer que empezamos con una tendencia a verlo. Las técnicas que utilizamos para facilitarnos el recordar, por ejemplo, el uso de trucos mnemónicos, pueden ser formuladas como maneras de crear objetos para ser vistos. Con respecto a los sueños, Freud dramatizó este aspecto con su concepto “el trabajo del sueño”, una actividad en la cual cierta parte del soñador juega el papel de productor teatral, mientras que otra parte se sienta en el auditorio como público. Si el sueño es en efecto algo visto, debemos suponer como público. Si el sueño es en efecto algo oído, debemos suponer entonces que es trabajado como tal. Pero si es simplemente la conducta de ver, el trabajo del sueño freudiano puede ser eliminado del análisis. Ha tenido que emplear mucho tiempo el hombre en comprender que ni siquiera una representación del lobo está presente.

Los movimientos del ojo, que parecen estar asociados con el soñar, están de acuerdo con esta interpretación, puesto que es improbable que el soñador esté realmente mirando lo que sueña detrás de sus párpados. Cuando se evocan recuerdos mediante estimulación eléctrica del cerebro, como en el trabajo de Wilder Penfield, es simple suponer que es la conducta de ver, oír, etcétera, lo que se evoca, y no suponer que alguna copia de eventos ambientales anteriores es lo que el sujeto escucha o mira. Debe suponerse, en ambos casos, una conducta similar a las respuestas dadas a los eventos originales: el sujeto ve u oye. Pero la reproducción de eventos vistos u oídos es una complicación innecesaria. El familiar proceso de encadenamiento de respuestas está disponible para dar cuenta del carácter serial de la conducta de recordar. Pero el eslabonamiento seriado de experiencias almacenadas (que sugiere engramas en la forma de sonidos filmados) exige un nuevo mecanismo.

La base de la posición conductista en la experiencia consciente puede resumirse de esta manera: ver no implica algo visto. Adquirimos la conducta de ver, bajo la estimulación de objetos reales. Pero esa conducta puede ocurrir en ausencia de tales objetos, bajo el control de otras variables. (Por lo que respecta al mundo dentro de la piel, siempre ocurre en la ausencia de tales objetos.) También adquirimos la conducta de ver-que-estamos-viendo, cuando vemos objetos reales, pero también ella puede ocurrir en su ausencia.

Poner en tela de juicio la realidad o la naturaleza de las cosas vistas en la experiencia consciente, no es igual a cuestionar el valor de la psicología introspectiva o de sus

métodos. Los problemas comunes y corrientes en sensación se refieren principalmente a la función fisiológica de los receptores y de los mecanismos neurales asociados. Por el momento, los problemas de percepción no tiene estrecha relación con mecanismos específicos, pero la tendencia parece ser en la misma dirección. Por lo que concierne a la conducta, tanto la sensación como la percepción pueden ser analizadas como formas de control por los estímulos. No se necesita considerar a la persona como observador o evaluador de experiencias conscientes. Anomalías aparentes de control por los estímulos, que ahora se explican apelando a relaciones psicofísicas o a las leyes de percepción, pueden ser estudiadas por su propio derecho. Después de todo, no es una solución real atribuirlos a desviaciones inherentes, al no convertir estímulos físicos en experiencias subjetivas.

El análisis experimental de la conducta tiene un poco más que decir respecto a este tema. Recientemente, sus técnicas se han extendido hasta lo que podría llamarse la psicofísica de los organismos inferiores. La adaptación que hizo Blough de las técnicas de Bekesy, por ejemplo, en la determinación de la sensibilidad espectral de palomas y monos, produce datos comparables a los informes de un observador entrenado.⁷ Herrnstein y van Somers han desarrollado recientemente un procedimiento por medio del cual las palomas “bisectan intervalos sensoriales”⁸. Es tentador el describir estos procedimientos, diciendo que los investigadores han encontrado una manera de hacer que organismos no verbales describan sus sensaciones. El hecho es que se ha investigado una fórmula de control por los estímulos, sin usar un repertorio de autoobservación, o más bien construyendo un repertorio especial, cuya naturaleza y origen están claramente comprendidos. En vez de describir tales experimentos con la terminología introspectiva, podemos formularlos y darles el lugar que les pertenece en un análisis experimental. La conducta del observador en el tradicional experimento psicofísico también puede ser reinterpretada de acuerdo con esto.

Las estaciones de transbordo de la mente

Hasta aquí el “contenido consciente”, problema clásico en las filosofías mentalistas. Existen otros procesos o estados mentales de los que debemos de dar cuenta. Los sentimientos, cogniciones y expectantías, por ejemplo, también se examinan introspectivamente, y sus descripciones se usan en las formulaciones psicológicas. Las condiciones en las cuales se establecen estos repertorios descriptivos son controladas con mucho menor éxito. Los términos que describen imágenes y sensaciones se enseñan

⁷ D. S. BLOUGH, J. Comp. Physiol. Psychol. 49, pág. 425 (1956); y A. M. SCHRIER, Science 139, pág.493 (1963).

⁸ R. J. HERRNSTEIN y P. VAN SOMMERS, Science 135, pág. 40 (1962).

manipulando estímulos discriminativos, una clase de variables relativamente fácil de tratar. El resto de las clases de eventos mentales se relacionan con operaciones tales como privación y saciedad, estimulación emocional, y varios programas de reforzamiento. Las dificultades que estos estados presentan a la comunidad verbal desprenden del hecho de que no existe una psicofísica de los estados mentales de esta clase. Este hecho no ha evitado su uso en los sistemas explicatorios.

En el análisis experimental, la relación de una propiedad de la conducta y una operación ejecutada sobre el organismo se estudian directamente. Las tradicionales formulaciones mentalistas, sin embargo, subrayan ciertas estaciones de transbordo. Donde un análisis experimental examinaría el efecto del castigo sobre la conducta, una psicología mentalista se preocuparía primero por el efecto del castigo que genera sentimientos de ansiedad, y después por el efecto de la ansiedad sobre la conducta. El estado mental parece tender un puente entre las variables dependiente e independiente, y la interpretación mentalista se vuelve singularmente atractiva cuando estos son separados por largos periodos; cuando, por ejemplo, el castigo ocurre en la infancia y el efecto aparece en la conducta del adulto.

Las estaciones mentales de transbordo son muy populares. En un experimento de demostración se condicionó a una paloma para caminar en círculo, en dirección de las manecillas del reloj. Reforzando aproximaciones sucesivas con comida, se moldeó un patrón final de conducta ejecutando con primor. Se pidió a los estudiantes que presenciaron la demostración, que escribieran sobre lo que habían visto. Sus respuestas incluían las siguientes: a) Se condicionó al organismo a *tener expectativas* de reforzamiento por la conducta correcta; b) la paloma caminó en círculos esperando que algo trajera de nuevo la comida; c) el ave parecía *observar* que cierta conducta producía un resultado particular; d) la paloma *sentía* que se le daba comida debido a su acción y; e) el ave terminó por *asociar* su acción con el sonido del dispensador de comida. Los hechos podrían ser establecidos respectivamente como sigue: a) se reforzó el organismos *cuando* su conducta era de cierta clase; b) la paloma caminó en círculos *hasta* que el comedero aparecía de nuevo; c) cierta conducta *producía* un resultado particular; d) se le daba comida a la paloma *cuando* actuaba de cierta manera; y e) el sonido del dispensador de comida fue *relacionado temporalmente* con la acción del ave. Estas afirmaciones describen las contingencias de reforzamiento. Las expresiones “expectativas”, “esperanza”, “observar”, “sentir”, y “asociar” van más allá, hasta identificar efectos de la paloma. El efecto observado, en realidad, fue bastante claro. La paloma daba vueltas con más habilidad y frecuencia, pero eso no fue el efecto que informaron los estudiantes. (Si se les hubiera presionado, sin duda hubiesen dicho que la paloma daba vueltas con más habilidad y frecuencia *porque* tenía la expectativa; esperaba y sentía que, si lo hacía así, aparecía la comida).

Si es que los eventos reportados por los estudiantes fueron observados, estos se observaron en sus propias conductas. Ellos, los estudiantes, describían lo que *ellos* hubieran sentido, o esperado, en circunstancias similares. Y si fueron capaces de hacerlo así, fue solamente porque una comunidad verbal había traído ciertos términos relevantes bajo el control de ciertos estímulos, y esto se hizo cuando la comunidad tenía acceso solo a las clases de demostración. Cualquier cosa que los estudiantes conocían de ellos mismos, que les permitió inferir eventos comparables en la paloma, debió haber sido aprendido de una comunidad verbal que no vio más en la conducta de los estudiantes, que lo que éstos habían visto en la de la paloma. Estímulos privados pudieron haber estado dentro del control de sus repertorios autodescriptivos; pero la facilidad con que ellos aplicaron estos repertorios a la paloma indica que los estímulos externos no habían perdido importancia. La extraordinaria fuerza de interpretación mentalista es, en realidad, una especie de prueba de que al escribir una estación de transbordo privado, uno está, y con mucho, haciendo uso de información pública.

Sin embargo, a menudo, la estación de transbordo mental se acepta como un dato terminal. Cuando se tiene que entrenar a una persona en discriminar entre diferentes aeroplanos, navíos, etcétera, es tentador para en el momento en el que puede decirse que la persona *identifica* tales objetos. Con ello se quiere dar a entender que si esa persona puede identificar un objeto, también puede nombrarlo, rotularlo, describirlo o actuar apropiadamente respecto de él de algún otro modo. Durante el proceso de entrenamiento, la persona siempre se comporta conforme de una de esas maneras. Ninguna estación de transbordo llamada, "identificación" aparece en la práctica ni necesita aparecer en la teoría. (Cualquier estudio de la conducta discriminativa originada por el ambiente verbal que permita a una persona examinar el contenido de su conciencia debe ser calificada de acuerdo con ello).

Las teorías cognoscitivas se detienen en las estaciones de transbordo, en las cuales la acción mental es generalmente más compleja que la identificación. Por ejemplo, se dice que un sujeto *sabe* quien es y dónde está, qué es tal cosa, o qué ha pasado o va pasar, sin considerar las formas de conducta mediante las cuales se estableció ese conocimientos o que ahora pueden dar testimonio de su existencia. De una manera semejante, al dar cuenta de la conducta verbal, se dice que el lector o el oyente comprenden el *significado* de una pasaje, aunque los cambios reales producidos por el oír o leer el pasaje no se especifican. De igual modo a veces se estudian los programas de reforzamiento simplemente por sus efectos en las expectativas del organismo expuesto a ellos, sin reparar en la relación que se está implicando entre la expectativa y la acción. Se puede hacer recuerdos, inferencias y razonamientos, ignorando las manifestaciones conductuales solo hasta el punto en que la experiencia es recordada o la conclusión

alcanzada. En la práctica el investigador siempre conlleva alguna respuesta, a que no sea sino una respuesta de auto descripción.

Por otro lado, los estados mentales se estudian a menudo como causa de la acción. El que habla, piensa algo antes de decirlo, y esto explica por qué lo dice, aunque es probable que las fuentes de su pensamiento no se hayan examinado. A un acto inusitado se le llama "impulsivo", sin que haya menor investigación sobre el origen del impulso inusitado. Un desajuste conductual muestra ansiedad, pero la causa de la ansiedad no es tomada en cuenta. Uno salta cuando ve un limón, porque le recuerda a uno el gusto agrio, pero no se especifica la razón por la cual esto sucede así. Esta formulación conduce directamente a una tecnología basada en la manipulación de los estados mentales. Para cambiar la conducta de votar de un hombre, cambiamos sus opiniones, para inducirlo a actuar, vigorizamos sus creencias. Para hacerlo comer le hacemos sentir hambre. Para prevenir las guerras reducimos las tensiones belicosas en las mentes de los hombres. Para que la terapia sea efectiva, alteramos estados mentales problemáticos, y así sucesivamente. En la práctica, todas estas maneras de cambiar la mente de un hombre se reducen a manipular su medio, ya sea el verbal o cualquier otro.

En muchos casos podemos reconstruir una completa cadena causal asimilando el estado mental, que es el efecto de una variable ambiental con el estado que es la causa de la acción. Pero esto no siempre es suficiente. En las tradicionales filosofías mentalistas suceden diversas cosas, es la estación de transbordo, que alteran la relación entre los eventos terminales. Ya se ha mencionado el efecto de la función psicofísica y las leyes de la percepción en la distorsión del estímulo físico antes de que alcance la estación de transbordo. Una vez que se llega al estadio mental, se dicen que ocurren otros efectos. Los estados mentales se alteran uno al otro. Un recuerdo doloroso puede ser que nunca afecte la conducta; pero también puede afectarla de una manera inesperada si es reprimido con éxito por algún otro estado mental. Es posible reconciliar variables en conflicto antes de que afecten la conducta. Si el sujeto se ocupa en una acción mental llamada "tomar una decisión", las cogniciones disonantes generadas por condiciones de reforzamiento conflictivas no se revelarán en la conducta si el sujeto logra "persuadirse a sí mismo" de que una de las condiciones era, en realidad, de distinta magnitud o diferente clase. Estos desórdenes en los simples eslabones causales, entre el medio y la conducta, pueden formularse y estudiarse experimentalmente como interacciones entre variables; pero esta posibilidad no ha sido estudiada completamente y sus efectos todavía proporcionarían un formidable escudo para las teorías mentalistas que pretenden tener un puente entre variables dependientes e independientes.

Objeciones metodológicas

Sin embargo, el conductista todavía es válido. Podemos objetar primero la predilección por secuencias causales no terminales. Un trastorno en la conducta no se explica relacionándolo con la ansiedad sentida, a menos que se haya explicado, a su vez, la ansiedad. Una acción no se explica atribuyéndola a expectativas, a menos que las expectativas, a su vez hayan sido explicadas. Las secuencias causales completas, desde luego, pueden incluir referencias a las estaciones de transbordo. Pero el hecho es que la estación de transbordo generalmente interrumpe la cuenta que se da de un evento, en una dirección o en otra. Por ejemplo debe haber miles de veces en la literatura psicoanalítica en las que se dice que un pensamiento o recuerdo ha sido relegado al inconsciente porque fue doloroso o intolerable. Pero el porcentaje de veces en el que se ofreció a un la más simple sugerencia del *por qué* fue doloroso e intolerable, debe ser pequeñísimo. Quizá se *podieron* haber ofrecido explicaciones; pero la práctica ha desanimado el completar la secuencia causal.

Una segunda objeción es que la preocupación por las estaciones de transbordo mentales transfiere a la ciencia de la conducta el peso de problemas que resultan de las limitaciones impresiones de los repertorios autodescriptivos. No debemos tomar la posición extrema de que los eventos mediadores, o cualesquiera datos de ellos, obtenidos mediante la introspección, deben ser eliminados de nuestra consideración. Pero, ciertamente, debemos darle la bienvenida a otras maneras más satisfactorias de tratar de tratar de esos datos. Las variables independientes a menudo cambian la conducta del organismo de tal modo que persisten mucho tiempo, y tales cambios afectan a la conducta subsiguiente. El sujeto puede ser capaz de describir algunos de estos estados internos, interventores, de alguna manera útil, ya sean antes o después que hayan afectado a la conducta. Por otro lado, la conducta puede ser modificada extensivamente por variables de las cuales, y del efecto de las cuales, el sujeto nunca es consciente. Hasta donde sabemos, las respuestas autodescriptivas no alteran las relaciones de control. Si el castigo severo es más efectivo que el castigo ligero, no lo es porque no se le pueda “guardar en la mente”. (Ciertas conductas que implican el gobierno de nosotros mismos, como el revisar una historia de castigo, pueden alterar la conducta, pero la hacen así mediante la introducción de otras variables, y no porque cambien una relación determinada).

La objeción más importante concierne al orden de eventos. La observación que uno hace de su propia conducta necesariamente sigue a la conducta. Respuestas que solo parecen describir estados interventores pueden contener efectos conductuales. “Tengo hambre” puede describir, en parte, el vigor de la conducta ingestiva del que habla. “Tenía más hambre de lo que creí” parece describir especialmente una conducta, en vez de un estado

interventor tal vez causal. Ejemplos más serios de un orden quizá equivocado se encuentran en las teorías de la terapia. Antes de asegurar que la liberación de un deseo reprimido produce un efecto terapéutico sobre la conducta, o que cuando uno sabe por qué está neurótico se recobra, debemos considerar la plausible alternativa de que un cambio en conducta, resultado de la terapia, hizo posible que el sujeto recordara el deseo reprimido o comprendiera su enfermedad.

La objeción final es que demasiado a menudo las estaciones de transbordo simplemente se inventan. Es sumamente fácil decir que alguien hace algo “porque le gusta hacerlo”, o que hace una cosa en lugar de otra “porque tomo una decisión”.

La importancia del conductismo, como una filosofía de la ciencia, declina naturalmente en la medida en que el análisis científico se vuelve más poderoso, puesto que disminuye la necesidad de usar los datos en forma de autodescripción. El mentalismo que sobrevive en los campos de la sensación y la percepción desaparecerá en la medida que otras técnicas demuestren su valor al analizar el control por los estímulos. Y cambios parecidos pueden anticiparse en otras ocasiones o en otros lugares. Los psicólogos cognoscitivos, y otros, todavía tratan de aligerar el explícito control de las variables, describiendo las contingencias de reforzamientos de sus sujetos en “instrucciones”. También tratan de evitar en el registro de la conducta lo que permiten estimar la probabilidad de una respuesta, pidiéndole a sus sujetos que evalúen sus tendencias a responder. Pero raramente una persona responderá a una descripción de las contingencias, de la misma manera que respondería a una directa exposición a tales contingencias. Ni tampoco podrá predecir con precisión su tasa de respuesta, en especial el curso de los sutiles cambios en la tasa, tan de sobra conocidos en el análisis experimental de la conducta. Estos intentos de impedir el análisis experimental no pueden seguirse apoyando sobre la base de que son convenientes o cómodos y existen muchas razones para abandonarlos. Sin embargo todavía queda mucho por hacer antes de que los hechos a los cuales ello se refiere puedan ser adecuadamente entendidos.

Conductismo y Biología

Por otra parte, el estudio del hombre apenas ha reconocido la necesidad de una reforma. El biólogo, por ejemplo, lleva desde un principio cierta ventaja al estudiar la conducta de un organismo, puesto que las estructuras que él analiza tienen un evidente estatus físico. El sistema nervioso es un poco más “mudano” que la conducta de la cual es altamente responsable. Tanto los filósofos como los psicólogos han tratado, de tiempo en tiempo, de escapar del mentalismo en la fisiología. Cuando una persona ve rojo, puede estar viendo el efecto fisiológico de un estímulo rojo; cuando simplemente se imagina lo rojo, puede estar viendo el mismo efecto reevocado. Las distorsiones psicofísicas y perceptuales

pueden ser un producto de procesos fisiológicos. Lo que el hombre siente como ansiedad pueden ser reacciones autónomas producidas por estímulos amenazadores, y así sucesivamente. Esto puede resolver el problema menor de la naturaleza de la experiencia subjetiva. Pero no resuelve ninguno de los problemas metodológicos en los que el conductismo está más seriamente interesado. La traducción de los términos mentalistas a fisiológicos puede reasegurar a aquellos que desean evitar dualismos. Pero las inadecuaciones en la formulación sobrevivirían a la traducción.

Cuando escriben sobre conducta de los organismos, los biólogos tienden a ser más mentalistas que los psicólogos. Adrian no llegó a entender cómo un impulso nervioso pudo causar un pensamiento. El autor de un reciente artículo en *Science*,⁹ sobre el sentido del espacio vital, asegura que “el cerebro y la mente que contiene”. Los farmacólogos estudian las drogas” psicotrópicas”. La medicina psicosomática insiste en la influencia de la mente sobre la materia. Y los psicólogos se unen a sus emociones, impulsiones, y los aspectos placenteros del reforzamiento positivo en el cerebro.

Los hechos que se descubren en tales investigaciones son importantes, tanto en sí mismos, como en sus implicaciones sobre la conducta. El fisiólogo estudia estructuras y procesos, sin los cuales la conducta no podría ocurrir. Está en posición de producir una explicación “reduccionista” más allá del alcance de un análisis que se limita sólo a las variables terminales. Pero el fisiólogo no puede llevar al cabo esto de una manera adecuada, en tanto que acepte las tradicionales formulaciones mentalistas. Solamente un análisis experimental definirá mejor su tarea. Este punto se demuestra con las investigaciones recientes en psicofarmacología. Cuando las drogas conductuales empezaron por primera vez a traer la atención, se les estudió con técnicas improvisadas que tenían por la base la autoobservación, y estaban diseñadas generalmente para cuantificar informes subjetivos. Eventualmente, los métodos del análisis experimental demostraron su valía al generar segmentos de conducta reproducibles, sobre los cuales los efectos de las drogas pudieran ser observados, y en términos con los que pudiesen ser efectivamente definidas y clasificadas. Por las mismas razones, la fisiología del cerebro avanzará más rápidamente cuando reconozca que su papel es el de dar cuenta de la mediación de la conducta y no de la mente.

El conductismo en las ciencias sociales

Todavía existe una necesidad de conductismo en las ciencias sociales, en las que, desde hace mucho, la psicología ha sido usada con propósitos de explicación. La economía ha tenido su hombre económico. La ciencia política ha considerado al hombre como un

⁹ K. N. OGLE, *ibídem*, pág. 763.

animal político. Partes de la antropología y sociología han encontrado lugar para el psicoanálisis. Por más de media centuria, se ha debatido la relevancia de la psicología en la lingüística. Los estudios del método científico oscilan entre los análisis lógicos y empíricos. En todos estos campos, la “psicologización” ha producido resultados a menudo descorazonadores, y frecuentemente ha sido rechazada a favor de un formalismo extremo que subraya los hechos objetivos. La economía se limita ella misma a sus datos abundantes. Los científicos políticos no van más allá de cualquier cosa que pueda ser estudiada con unas pocas herramientas empíricas y técnicas, y cuando tratan de teorías, se circunscriben a hacer análisis formales de la semántica y la gramática.

Este comprometerse totalmente a la pura descripción y al análisis formal, parece no dejar lugar a principios explicativos, y se atribuyen a la exclusión de las actividades mentales el resultado desventajoso. Por ejemplo, algunos participantes en un reciente simposium sobre “Los límites del conductismo en la ciencia política”¹⁰ se quejaban del rechazo de la experiencia subjetiva, las ideas, los motivos, los sentimientos, las actitudes, los valores, etcétera. Esto recuerda los ataques sufridos por el conductismo; en cualquier caso, muestra la misma incomprensión de la visión del análisis conductual. Al haberse extendido a las ciencias sociales, como a la propia psicología, el conductismo significa algo más que el comprometerse a mediaciones objetivas. Ninguna entidad o proceso que posea cualquier fuerza explicativa útil se rechazará sobre la base de que es subjetiva o mental. Los datos que la hicieron importantes deben ser estudiados y formulados de modo efectivo. La tarea bien cabe dentro de la esfera de acción de un análisis experimental de la conducta, el cual ofrece prometedoras alternativas; por un lado, al atractivo de las teorías mentalistas. Extender el conductismo, como una filosofía de la ciencia, al estudio de la conducta económica y política de los seres humanos en grupos, de gente hablando y escuchando, enseñando y aprendiendo, no es “psicologizar”, en el estudio tradicional; es sencillamente la aplicación de una fórmula comprobada, a partes importantes del campo de la conducta humana.

¹⁰ “The Limits of Behavioralism in Political Science” (Am. Acad. Political and Social Sci., Filadelfia, 1962).